

Germinal

Revista de la América
Paris (4 Rue Branc)

Año III.

Lima, 26 de Agosto de 1905.

Núm. 47

El moderno feminismo

El movimiento feminista ha entrado de poco tiempo acá en una fase nueva, imponderablemente más lógica que la primera. Los excesos de la novela psicológica, narrando las complicaciones del adulterio en almas de muñecas mundanas, habían llegado a un grado tan insostenible, que puede atribuírseles por reacción, el mérito de haber suscitado el feminismo bajo su primera forma: este movimiento resultó de la rebelión de mujeres inteligentes, que no quisieron soportar por más tiempo la caricatura, que Bourget hacía de la mujer moderna.

Ni dolo ni esclava, sino amiga del hombre igual a él en derechos y deberes; este fue el ideal de las que protestaron. El feminismo empezó, desgraciadamente, por un error: quiso probar que la mujer podía hacer todo lo que hace el hombre y también como él. En Francia tenemos algunas mujeres pintoras de alto mérito, particularmente las señoras Breslau y Dufau, dos escultoras que nadie sobrepasa, la señora Bernad y la señorita Claudel; la novela y la poesía han, demostrado, con las obras de Marcela Tinayre, de la condesa Noailles, de la señora Mardru, que las mujeres sabían escribir hermosos libros.

En las ciencias, el ejemplo admirable de la señora Clemencia Royer arrastró a una generación entera a presentarse en las Universidades. El de las estudiantes rusas, asiduas a la Escuela de Medicina, venció las indecisiones. Las bromas de la prensa y del público ridiculas y sin alcance, no desalentaron a las mujeres, al contrario.

El consentimiento de los legisladores les permitió ser abogados, doctores, telegrafistas, los liceos, de niñas, las escuelas normales fueron favorecidas y desarrolladas. Los resultados nos dieron la satisfacción esperada, se notó que las mujeres no salían peor que los hombres de esas empresas.

Pero aquello motivó un grave trastorno social, debido a que si la iniciativa femenina progresaba; las leyes que rigen la existencia de la mujer no cambiaban. Inspiradas en el antiguo espíritu romano, infusas ya y antológicamente desusadas en la sociedad moderna, parecieron más añejas y más ilógicas todavía. Sin embargo, no se las modificó y los errores morales del hombre respecto a la mujer permanecieron tan arraigados como antes; de tal modo que la mujer instruida y seria llegó a ser, a pesar de todos sus méritos adquiridos, como un fenómeno inclassificable en medio de una legalidad que no se le adaptaba y tropezó con este obstáculo, sufriendo tanto más cuanto que era más inteligente.

Esto creó una irritación que se tradujo por meetings bastante ridículos. Se advirtió en fin, que de nada servía a la mujer hacer lo mismo que el hombre, puesto que los planes sociales no se transformaban y que además, ese modo de proceder creaba, a favor de empleos para la obtención de los cuales los hombres serían siempre preferidos, salvo quizás en el dominio médico, en el que la admisión de las mujeres llenaba un vacío para ciertas enfermedades. Signo infalible la estadística de la prostitución acusó una cifra más elevada de desordenadas.

Ya el Estado es a menudo incapaz de dar puesto a los que se confiere un diploma; era evidente que esta verdadera quiebra ética no podía, sino agravarse con el aflujo de las mujeres en las carreras masculinas. En fin este empuje excesivo, unido a la virilización con los deportes, daba a las mujeres un carácter variado, un rencor contenido, una aridez de corazón y de espíritu, una envidia cívica y el desdén de los deberes a los cuales, sin embargo, las impele su organismo.

La cuestión estaba, pues, mal planteada.

Ya lo habían advertido los novelistas modernos, favorables a las mujeres, pero dotados con un altruismo superior. Este será el honor de escritores como los hermanos Rosny, los hermanos Marguerite, Pablo Adam, León Daudet, haber borra lo de los mimos de la novela sentimental creando bajo la influencia de Ibsen tipos de mujeres que permanecen femeninas aunque poseyendo la conciencia de sus verdaderos derechos, de sus verdaderos deberes.

A ellos pertenece el mérito de haber expuesto claramente un nuevo principio: el primer acto del feminismo razonado debe ser el de reformar las relaciones morales de la mujer y del hombre. El derecho de la mujer a la igualdad es innegable, aunque por mucho tiempo se lo hayan denegado los códigos paganos y las ideas del cristianismo. Pero la igualdad no es la identidad ni la imitación. Los deberes y derechos de la mujer son tan importantes como los del hombre, pero diferentes.

La admisión de las mujeres a los cargos públicos no tiene nada de absurdo, pero no es sino una consecuencia de la idea esencial, que consiste en la supresión de los errores de la ley y de las costumbres hacia la mujer; y lo que importa ante todo es la reforma del código; este está hecho de tal manera, que los principales defectos de la mujer casi son indispensables para su vida civil. En el fondo, la primera campaña feminista esforzándose por derribar las puertas de las principales profesiones, tenía dos objetos: el primero, una emulación yudáica; el segundo, más serio, consistía en asegurar a la mujer libre el medio de ganar su vida sin verse obligada a que el hombre la alimentara.

Más sencillo hubiera sido empezar por hacer admitir por la ley el derecho absoluto de la mujer a gozar de su dinero y a disfrutar de todos los derechos civiles del hombre sobre este punto. La disposición verdaderamente inaudita del matrimonio, rellena de absurdidades que cada cual evita con múltiples artificios, la disposición, más estúpida todavía, del divorcio, que llena de estupor a todo hombre reflexivo y de experiencia, son dos causas directas que se agregan al esfuerzo de las mujeres para imitar al hombre y disfrutar de sus derechos. Evidentemente, este era el medio en el que ellas debían pensar: ponerse en el caso de disfrutar los derechos masculinos copiando los deberes masculinos, puesto que los derechos femeninos no existían en una sociedad construida por el hombre para su uso, i que la mujer no quería ser aplastada, debía reconstituirse derechos según un código propio: adulterio, falsedad, coquetería y astucia, si ella prefería no salir de las convenciones sociales: escándalo y aislamiento, si se ponía, con la unión libre, fuera de la opinión. Intensa emoción produjeron las novelas de los hombres admirables que he nombrado, la cual determinó la conversión de las feministas serias hacia un nuevo ideal, el que actualmente triunfa.

Sin renunciar a reclamar para la mujer la admisión a los cargos públicos, este ideal persigue sobre todo dos resultados. El primero, el de reconstituir la educación moral de la mujer, explicándole el verdadero papel que la aguarda, tan hermoso como el del hombre, pero diferente. Ella no ha podido llenar este papel porque el mundo antiguo la trataba como esclava útil para el placer ó para crear soldados ó ciudadanos; más tarde como objeto de lujo que se adula, pero sin contar nunca en el Estado. El mundo cristiano a la vez la ha venerado y considerado como un ser peligroso.

La ley antigua, anacrónica, subsiste en desacuerdo con el altruismo individualista que regirá el mundo por venir. Casi todos los defectos de la mujer provienen de este conflicto arduo de esclava ó tiranizada de favorita consentido no tendrá cabida en un ser libertado, que tendrá su rango i que podrá disponer de sí sin bochorno, puesto que la decre-

ta idea impía del pecado carnal habrá quedado abolida en una sociedad donde el único pecado será la mentira. En fin, las necesidades caseras, de cargo tan pesado, tan opuestas al desarrollo del pensamiento en la mujer, serán aligeradas con el progreso industrial.

A la mujer corresponde meditar sobre todo esto, hacer ella misma en su espíritu la verdadera revolución feminista. En cuanto a la rancia idea del engaño, que la ley inicia y la idea de vergüenza carnal han hecho inevitable i que no es innata a la mujer sino por una monstruosa greencia de las vicisitudes; ante el hombre ayudar a su supresión, liberando a la mujer, abdicando sus egoísmos, su celoso instinto de propiedad abusiva, i mucho tiene que hacer en este sentido, pues su ingenio ha inventado una multitud de medios para descubrir la falsedad de la antigua esclava i está desarmado delante de la voluntad franca del don de al desprecio de la mujer libre i él seguirá prefiriendo todavía la falsedad que puede combatir al derecho con el que tal no podrá nada.

El otro resultado, sólo el hombre podrá lograrlo: la reforma de las leyes sobre la unión legal, de las leyes sobre el trabajo de la mujer i de la prevención sobre el pudor i la unión libre. En este sentido, puesto que el hombre es exclusivamente el que hace i deshace las leyes, puede decirse que es él el que hará el feminismo. Mientras se elaboran estas justas leyes, el feminismo moral preparará cada día i en cada hogar a la mujer moderna, la cual será digna del uso lógico de sus bienes.

CAMILO MAUCLAIR

Cartas de Trujillo

1º de Agosto de 1905.

Señor Director de GERMINAL:

Lima.

Mui distinguido correligionario;

De su dios dicen los señores católicos que si tarla, no olvida. Nada tengo de dios ni de católico, pero la verdad es que jamás olvidé mis promesas, por mucho que en ocasiones me hallé obligado a demorar su cumplimiento. Lo que quiero que conste, no por jactancia de semejanza a un mito, sino por vía de satisfacción a los lectores de GERMINAL a U., señor Director, a quienes presenté más de una carta, en la primera que tuve U. la bondad de publicar hace cosa de cuatro ó cinco meses.

Aquí está la segunda. Ojalá que la encuentren aceptable.

Las fiestas patrias acaban de concluir con mejor resultado del que se esperaba.

En este año han tenido dos elementos de resistencia: uno, en el valle de Chicma, formado por don Victor Larco Herrera i otros que no han cometido como él la barbaridad de pregonar su imperdonable egoísmo; i el segundo, en Trujillo, constituido por los flamantes anarquistas, entre los cuales hai muchos que no saben dónde les colocó Natura la nariz i que gritan la mar de disparates, dejándose llevar, ora de la novelera más inconsciente i peligrosa, ya de ciertas pasiones que nada tienen de recitada i nada de altruismo.

Felizmente, ambas antipatías han resultado estériles; sólo han hallado eco insignificante. I digo felizmente, porque la celebración de las referidas fiestas ha revestido acá en esta ocasión carácter esencialmente práctico i saludable. Como U. sabe, se ha iniciado campaña cristianista i bien sistematizada contra la ignorancia i la falta de educación de la mayoría; i tanto los que han negado su apoyo a esa labor cuanto los que han

permanecido indiferentes ó desentendidos ante ella, han probado no ser ó no saber ser amigos de la muchedumbre desgraciada.

Repugno el patriotismo baladrón é inconveniente que vive de año en año celebrando el cañón famoso de nuestro himno, i detesto el derroche de entusiasmos sin ideales i de hipocresías incongruentes que hasta hace poco caracterizó las fiestas jitas. Comprendo que el patriotismo no puede ser, ya, ni debe ser, sentimiento hondo i querido del pueblo, que sufre i piensa, si no se purifica en el crisol de la razón i la justicia; si no llega a encerrar i difundir anhelo poderoso por el mejoramiento de todos los humanos que constituyen una nacionalidad, a fin de que las nacionalidades sirvan para acelerar el advenimiento de una época de paz i dignidad para todos los pobladores de la tierra. Más, por lo mismo, creo que son sujetos nocivos aquellos que se oponen a que esta purificación se verifique i continúe celebrando "el 28", cuando lo celebran, con corridas de toros, bufarrinas, chichas, aguardiente i vivas al gobierno; i tengo por enfermos ó ciegos de la mente, por monomácos huérfanos de sentido moral, que no merecen títulos de voceros del pueblo, a los parlanchinos que lo mismo maldicen lo bueno, que de lo intolerable que ataca al paciente tanto cuando malgasta su dinero como cuando lo emplea en preparar mejores días para sus compatriotas; que juzgando posible la reforma social sin sentes preparada para aprovechar de ella i sin más elementos que "los patos de ciegos", asesinos todavía, por unos escasos de virilidad, escaranean todo esfuerzo plausible i enseñan a los estultos a renegar de los medios que pueden regenerarlos.

Es preciso conocer de cerca cuán profunda mecha han hecho en el espíritu de nuestros labriegos la falta de instrucción i la consiguiente sobra de vicios, para poder señalar la manera eficaz de mejorar su triste condición actual. No hai otra que educarlos. Por supuesto, no sólo por el medio escolar, sino también por cuantos sea posible emplear con ese objeto. Pero es indudable que la escuela es lo esencial i que cuanto tienda a multiplicarla i a ponerla en la altura debida, reclama respeto, simpatía i apoyo.

Los que desean el bienestar del pueblo no deben conformarse con el fomento de la instrucción; perfectamente. Pero están obligados a comenzar por aplaudirlo, para decir en seguida a quienes tienen en sus manos todos los recursos materiales de progreso:

"Bueno, señores, ya estamos conformes en un punto: vamos a ponerlos de acuerdo en los demás. Al fin por realizar la educación pública en la escuela, debe agregarse el esfuerzo por mejorar el hogar de los trabajadores, por dignificarlo mediante la luz, el aire, la limpieza i la relativa comodidad. Construyan ustedes para sus obreros, casas que alegren i vigoricen el alma de esas gentes, abatida por larguísimo años de vivir lóbrego i emlangado. Eso es otra palanca de educación. Eso completa la labor de la escuela. Si enseñamos higiene a los niños del proletariado, durante el día, i en las noches les devolvemos a sus psicolas, ó no comprenderán nuestras lecciones, ó las comprenderán para ser peores, para odiar a quienes les enseñaren haciéndoles conocer por un lado, en teoría, las ventajas de la civilización, i sufrir por el otro, en la práctica, la tortura de revolcarse en el estercolero. Vamos, señores, seguid oyendo los dictados de la justicia i de vuestro propio bien entendido interés: apresurados a derribar las madrigueras en que hoy se alojan los que son la base de vuestra fortuna, i dadles moradas dignas de la especie a que pertenecen, si no queréis que mañana, convertidos en repuliceros por la influencia del medio bestializador en que se arrastran, concluyan por embestiros i enterrar en vuestras

carne sus dientes hambrientos e inyectadores de ponzoña.

Me podrías decir, ¿qué harían nuestros trabajadores en las escuelas? ¿Moverían higiénicamente a su estrechez económica no se pone remedio?

Pues, pedirlo.
Sin negar que es deber de la hora presentar al país el bien que el señor Pardo ha logrado que a este respecto no se llegue hasta donde es bueno i preciso llegar, mientras los directamente interesados en el asunto no estén en actitud i en aptitud de sostener sus derechos i hacer buen uso de sus éxitos. Este último punto, sobretodo, es muy importante. Los noveleros que están alborotando exajeradamente el cotarro, causando más daño que beneficio a los intereses del país, podrían decirnos ¿qué haría el noventa por ciento de nuestros labriegos con una duplicación de jornal, hoy así fuera élla conseguida en cuenta i horrorosa lucha? Pues, beber más chicha i más alcohol que ahora, simplemente. ¡Bonito triunfo para ellos i para los partidarios del mejoramiento humano!

La reforma de nuestro pueblo no se puede alcanzar por la violencia. Hai que procurarla, racionalmente, científicamente; si se me permite la palabra. Hai que llevarla adelante, sobre ciegos obstáculos, con gran suma de buen juicio i constancia, poniendo poderoso freno a los ímpetus de la imaginación i del sentimiento que, muchas veces, se exaltan i quieren atropellarlo todo ante el espectáculo de indecibles miserias i injusticias enormes, obra de varios siglos de despotismo i abyección.

Urje comprenderlo así, para encauzar la corriente reventadora de modo que no amenace ciegamente tanto los muros que defienden al burgués perverso, como los cimientos de las buenas obras que levanta el paciente de sentimientos liberales. Aquellos muros deben ser pulverizados para evitar la soberbia dañosa é incorregible de sus dueños. A esos cimientos hai que llevar el granito de arena para que pronto, lo más pronto posible, se levante sobre ellos el edificio de la ventura nacional.

A propósito de casas para obreros, en el próximo vapor llegará a esta, con destino al valle de Chicama, un arquitecto contratado en Lima para construir en la hacienda Chidín de los señores Larco Herrera Hnos., una población rural, cómoda, limpia, alegre i duradera, para los jornaleros que trabajan al servicio de esa negociación.

Como se sabe, el Gerente de esa negociación, señor Rafael Larco Herrera, es uno de los más conspicuos i entusiastas miembros de nuestro partido. Un radical irreprochable é inflexible i un espíritu excepcionalmente laborioso

De U. atto. afmo. amigo

Germinal

La dictadura fiscal

Es intolerable el mal humor que gasta el gobierno con los diputados i senadores de la oposición. No pueden hacerle ninguna advertencia ni darle el más pequeño consejo, sin exponerse a invectivas i vituperios de carácter personal. Como si gobernar fuera agredir á los que no aceptan incondicionalmente las ideas del mandatario supremo, no hai debate de alguna importancia en que los ministros—con excepción del señor Balta—dejen de zaherir, en términos más ó menos groseros, á sus impugnadores.

No sería justo ni honrado desconocer que la oposición de los demócratas se basa, ante todo, en el interés meramente político de su partido. Combatan al señor Pardo para desquiciarle, no para corregirle; pero indudablemente sus observaciones son fundadas en la mayoría de los casos i el gobierno procedería con rectitud si las atendiera. Porque no se trata en las cuestiones de conveniencia pública de dar valor á los móviles de los adversarios, ni de anteponerles, mucho menos, á los principios de sana administración. Por semejante camino se marcha i se conduce al país á la ruina. Donde todo se limita á escuchar las intenciones de los impugnadores, donde no se persigue otro ideal que desacreditarles, donde se cierran el

corazón i el cerebro á todo sentimiento i á toda idea que no sean incubados por los amigos; de hecho se siembra en el país el desconcierto i se prepara el advenimiento de días tenebrosos. En que sólo imperen la obcecación, el capricho i el menosprecio de derechos i garantías. Lo honrado i lo útil en asuntos de interés para la comunidad, es prescindir en lo absoluto del carácter de la oposición. Bien ó mal, lo que conviene es aquilatar, libre de todo prejuicio, el mérito de sus observaciones, ver el fondo de sus críticas, i tener la grandeza de ánimo suficiente para reconocerles fundamento. Los mandatarios que proceden así evitan errores i acreditan la buena fe de sus propósitos.

Pero estas ideas no pueden caber en el sistema de gobierno del señor Pardo. La índole del régimen dominante es el avasallamiento de todos los espíritus i particularmente de los que le combaten. Quien transforma la amistad i los vínculos políticos en un semillero de complacencias i servilismos, está impediendo física i moralmente de atribuir la mejor importancia á la voz de sus adversarios. O aceptan en bloque los planes del gobierno ó se les denigra si los debaten.

Ejemplo palpable de lo que decimos es lo ocurrido en la Cámara de Diputados al discutirse la autorización del empréstito. A falta de razones para justificarla, la único que ha hecho el señor Leguía es zaherir á los representantes demócratas. Pero la república, que observa i compulsa estas cuestiones con amplitud, sin pequeñeces ni miserias, reconoce el valor de los argumentos aducidos por la minoría i declara que un gobierno honrado i celoso de su nombre no solicita ni impone el otorgamiento de facultades omnímodas para manejar las rentas públicas. Si algo debe desear un buen mandatario, cuando tiene que comprometer el crédito de la nación, es que se le encierre en un círculo estrecho, cuanto más estrecho, mejor. Hai que preferir en estos casos la limitación á la largueza de los poderes. Con lo primero no se pierde nada; con lo segundo se puede, cuando menos, incurrir en error; i como el error en los asuntos económicos reviste caracteres alarmantes i produce efectos desastrosos i daños irreparables, el ideal de un gobernannte probó i de rectas aspiraciones es colocarse en la imposibilidad de cometerle.

Aparte de esta consideración, vale la pena tener presente la manera cómo administra el gobierno la hacienda pública. La ha rodeado del misterio más impenetrable: el país no ha visto hasta ahora, en once meses, un solo balance de la tesorería general; todo lo que sabe es que los gastos extraordinarios llegan á sumas de cierta entidad i que se opone vigorosa resistencia á la presentación de la respectiva cuenta. En tales condiciones, causa inquietud el deseo inmoderado é hiriente de no tener ningún freno para la celebración de un empréstito de alguna importancia. El país duda, por lo menos, de la rectitud de sus gerentes, i no se explica satisfactoriamente la amplísima libertad con que desean proceder en una cuestión de indiscutible trascendencia i que tan hondamente puede afectar el porvenir económico del estado.

Hay otra razón poderosa para ver con desconfianza la actitud del gobierno, i es la discutible conveniencia del empréstito. No somos enemigos de la militarización del país, i acaso nadie ha luchado con mayor energía i de un modo más práctico que nosotros por la defensa material de la república; pero comprendemos que otras necesidades reclaman la prelación en los sacrificios económicos del estado. En un pueblo sin ciudadanos, lo esencial es formarles, i no sabemos que nación alguna haya obtenido este resultado por medio de los cuarteles. Sin hombres conscientes de sus deberes i derechos, jamás tendremos patria, i cuanto se gaste en la militarización de la república será infructuoso.

A estas razones conviene agregar el peligro que entraña para el país el régimen de la arbitrariedad en materia de hacien-

da. De todas las dictaduras la más funesta es la económica, porque ahonda sus raíces en el organismo nacional, encierra i corrompe los caracteres, i poco á poco establece la oligarquía. I aquí, en el Perú, hai que abominarla de todo corazón, porque falta la base, la materia prima, para destruirla á tiempo: aquí no abundan los hombres dignos i altivos, los espíritus irreductibles ante las seducciones del oro i del poder. Establecida la dictadura económica, el gobierno se apoderaría de todas las ciencias. E indudablemente á este fin se encaminan los planes del señor Pardo, i así se explican la tenacidad i la cólera con que reclama autorizaciones sin contrapeso para todo lo que se roza con la hacienda pública. No admite cortapisas de ningún linaje ni la más pequeña fiscalización. Quiere actuar sólo i por su propia cuenta, i mucho es que se resigna á llenar la fórmula de pedir el beneplácito del Congreso para proceder discrecionalmente.

Nos amenaza, pues, un peligro de incalculable gravedad, i urge que la nación se prepare á conjurarle antes de que se desarrolle por completo. Valdría la pena que todos nos preocupáramos de lo que está ocurriendo en el régimen fiscal implantado por el señor Pardo. Cuando el misterio no nos envuelve totalmente i nos impide ver hasta lo que pasa en la superficie, el autoritarismo más irritante nos hace descender al nivel de esclavos, ante quienes no hai obligación de rendir cuentas. Algo más, en cambio de los dolores i sacrificios que sin cesar se nos impone, á título de que son necesarios para la grandeza del país, lo único que se nos brinda es el bochornoso espectáculo de la insolencia con que el gobierno se arroja el derecho de manejar en secreto i arbitrariamente el dinero de la nación. Insistimos: conviene tomar nota de estos hechos i afanarse por corregirlos.

Gaceta

Lima, 24 de agosto de 1905

Excmo. señor doctor don José Pardo,
Presidente de la República.

Ciudad.

Excmo. señor:

Error i grande ha cometido V. E. al permitir que algunos de sus hermanos intervieran en la política militante. Aparte de que esos señores no han inventado la pólvora—dicho sea con el debido acatamiento—nada hai más antipático ni más funesto que la ingerencia de los deudos del presidente de la república en las cuestiones políticas. No llevan á la lucha de los partidos ni seriedad, ni justificación, ni amplitud de miras. Todo lo ven por el lado de las conveniencias caseras, de los intereses íntimos de su parente, i como son más realistas que el rei, gustan una intransigencia desmedida hasta en los asuntos de escasa significación, van á donde no irían ni los domésticos de su casa.

Se comprende que los hermanos de V. E. sientan gozo inefable al ver á V. E. en palacio, i nadie les motejaría si vertieran lágrimas de satisfacción cada vez que contemplaran á V. E. lleno de honores i regalías. Puedo decir más: justo es que se afanen por consolidar el gobierno de V. E., por enaltecerle i cubrirle de gloria; pero otro es el camino que de ben seguir para obtener este resultado. La política no se hizo para ellos durante la administración de V. E., porque la política, aún ejerciéndola con cierta amplitud, encarna odiosidades, siembra resistencias, propaga rencors.

Añádase á todo esto la idiosincrasia de los hermanos de V. E. no tienen don de gentes, repelen en lugar de atraer. Personalmente V. E. no es así; hai quien reconoce en V. E. ciertas cualidades simpáticas, i no falta quien establece diferencias notables entre el doctor José Pardo i el Excmo. señor Presidente de la República; pero con los hermanos de V. E. ocurre lo contrario: sea por su aspecto, sea por otra causa de la misma naturaleza, lo evidente es que no se les quiere bien. Se principia á llamarles los *Grandes Duques* i á tenerles ofensa. Hablo, por supuesto, de los que están metidos

en los traquetos de la política, como el señor don Juan, por ejemplo.

No sé qué efecto produce el exclamar al hermano del presidente de la república: *¡Nosotros no tenemos por qué imitar á nadie; debemos hacer lo que nos convenga!* I en que asunto, Excmo. señor, nada menos que en el asunto del diario de debates, en que la imitación era lo que convenga á la república. Con desatenciones de este jaez, para servir intereses aborrecidos por la mayoría de la nación, ya puede calcular V. E. lo que pensaremos todos de los ideales del señor don Juan, i por reflejo, de los propósitos de V. E.

Algo peor ha hecho el hermano de V. E. se ha prestado á vigorizar las pasiones de los que no simpatizan con las juntas departamentales por causas enteramente mezquinas. Sin tener en consideración que el padre de V. E. fue el creador de esos cuerpos, sin pensar en que el país aborrece el centralismo, sin medir el alcance material i moral de cualquier disposición que menoscabe la independencia i destruya la vida de las juntas, el señor don Juan ha autorizado con su firma un incalificable proyecto para señalar abajo la autonomía de los departamentos. V. E. mismo no queda bien parado con la obra de su hermano. V. E. se comprometió en el Cuzco á respetar la vida i la libertad de las juntas; i si menos de convenga en la duplicación del carácter de V. E. no se encuentra explicable la conducta del señor don Juan. Independencia de criterio del hermano de V. E. no puede ir hasta ese punto: si tanto llega, bien comprenderá V. E. todo el daño que ha de causarle. I este mismo hecho comprueba los peligros de la interposición de la familia en la política de cualquier gobernannte.

Los hermanos de V. E. desean figurar, que se dediquen á obras de cultura beneficencia. Nada sería más simpático ni más útil ni más provechoso para ellos, para V. E. i para el país, que verles dedicados en cuerpo i alma á la difusión de la enseñanza; á la creación de centros de academias de bellas artes, al fomento de sociedades de patronato, á la organización de comités defensores de la raza indígena; al establecimiento de asociaciones de caridad; en una palabra, á hacer bienes, sin avivar resistencias ni producir enojos.

¡Que fiasco tan completo el de los hombres que V. E. ha introducido á martillazos en las Cámaras Legislativas! Pasan i pasan los días, i esas lumbreras producen menos luz que una velita de sebo. Allí se están sin dar señales de su asombroso talento, de su vastísima preparación, de su incomensurable deseo de servir al país. Se confunden con los pelotones de representantes hechizos que siguen incondicionalmente la política de V. E.

I no es de extrañar que dejen de lucir sus aptitudes en provecho de la nación, cuando tampoco gastan la mejor inteligencia al defender los planes del gobierno. Discurren con una vulgaridad que espanta, argumentan como el último pobre diablo que ocupa sitio en el Congreso.

Si V. E. hubiera respetado la libertad electoral, probablemente no contaría con el concurso de una mayoría abrumadora; pero tendría uno que otro defensor de buena fe, sincero, respetado por todo el mundo; i la palabra de esos hombres, aunque no brillara por su corrección ni por su elegancia, valdría más, mucho más, que la de los alquilonos.

Dígame V. E. si no es para sentir cólera i pena el escuchar cosas como las que anoto en seguida:

"No se puede suprimir una contribución onerosa é inútil porque los pueblos se han acostumbrado á abonarla."
"El Congreso tiene facultades delegadas en el Ejecutivo."

Con individuos que enuncian i sostienen aberraciones de semejante naturaleza, porque así creen servir los intereses del gobierno, el crédito de V. E. acabará de derrumbarse muy pronto.

V. E. carece de derecho para quejarse: á sabidas cuentas ha metido en este atolladero. Cegado por la vanidad i obseso por el deseo de no encontrar obstáculos en su vertiginosa carrera, V. E. no ha deseado comprender que sus amigos, aquellos que han transigido con todo para ir al Congreso, no son en realidad sus amigos. De ellos no espere V. E. un consejo saludable ni una institución honda. Hoi le defienden porque todavía no ha llegado la oportunidad de abandonarle; pero ya lo verá V. E. antes de mucho. Donde no hai altivez huelga la lealtad.

Si porque el estado sufreza los gastos del culto, merecemos saetazos de los liberales españoles, fácil es suponer, lo que nos dirán cuando sepan que V. E. ha sido padrino del nuevo templo de Copacabana. No discuto ni discutiré nunca los sen-

timientos religiosos, de hombre alruto. Crean todos lo que les venga en gana, que a nadie importa ni lo poco, siempre que reconozca el derecho de los demás del mio a no creer en nada. Pero lo que siempre me causará desazón es la falta de cordura de nuestros mandatarios al padrinizar monigajas. El que riga los destinos de un pueblo debe distinguirse por la seriedad de todos sus actos. Está bien que V. E. padrine una escuela, una academia, un camino, un ferrocarril; un puente, cosas útiles, en fin, pero ¿un templo? No solo en nombre de la seriedad; condono esta clase de padrinazgos, sino en nombre de la cultura nacional. Aquí, donde no se funda ni se inaugura la mejor obra de aliento, es un pueblo que causa hasta pena que el jefe del estado se preste a cobijar símbolos de superstición e mentira.

Con el templo de Ocopa ocurre algo especial: está construido sobre las ruinas del que incendiaron los mismos frailes de esa comunidad con el malevolvo propósito de hundir i sacrificar a un hombre de bien. Dada la realidad de este hecho, V. E. aparece como santificador de un crimen abominable; i, francamente, a tanto no debe descender el nivel moral de V. E., cualesquiera que sean sus sentimientos religiosos. Una cosa es creer en misterios i dogmas, otra cosa enaltecer i glorificar las pérdidas de monjes i clérigos. Para no establecer diferencias entre ambas acciones, se requiere ó un criterio muy estrecho, sumamente burdo, ó una gran dosis de inmoralidad.

En el fondo de todo, lo que ha habido en el padrinazgo del templo de Ocopa es la monomanía de V. E. de figurar a troche i moche. V. E. se desvive por la espectabilidad; si le propusieran vestirse con la piel de un oso i exhibirle en una feria, muy probable sería que V. E. aceptara, para darse el gusto de ser el tema de la conversación pública i de la información gráfica de la prensa. Es tiempo de que V. E. se sobreponga a tan ridícula como empuñecedora obsesión. Que su nombre suene en cosas grandes, con la honrridad de una marcha triunfal, no en simplezas i con el estridor de una música de aldea.

Tengo por seguro que V. E. se ha considerado en el pináculo de la gloria al tratar mano a mano con el príncipe d'Udine. A ratos se habrá creído V. E. en la misma condición que monsieur Loubet, cuando se codea con los reyes de Inglaterra, Italia i España. Pero no hai tal gloria ni tal similitud de condición. V. E. es jefe de un estado microscópico, sin valor moral de ninguna clase, sin importancia en lo absoluto en la vida de la humanidad. Suprimir a Francia sería decapitar al mundo; suprimir al Perú no sería nada.

Si el príncipe d'Udine no tuviera obagación de ocultar el juicio que se ha formado de nosotros, probablemente repetiría lo que dijeron Groussac i Sarah Bernhardt. Pero suponiendo que nos aprecie con menos exactitud ó con cierta benevolencia, lo que sí se puede asegurar es que a la vuelta de cuatro años no se acordará del Perú ni de V. E. I si fuera un hombre de estudio, un observador; diría al referirse a nuestra patria: "Cuando visité ese país, un diputado tuvo el coraje de asegurar que en uno de los principales departamentos de la sierra había visto morir un gran número de indígenas, abrumados por el hambre, sitiados por la necesidad i acosados por la miseria." I si alguien tratara de investigar lo que se hizo ante la denuncia de ese diputado, S. A. R. respondería: "Absolutamente nada, por-

que en la cultura del Perú no han entrado todavía ni el respeto a los derechos humanos ni la generosidad de sentimientos, ni siquiera el instinto de conservación. Allí se vive en un mundo enteramente a parte, mientras el oficialismo i las clases dirigentes dan comilonas, el pueblo se ve obligado a poner en trisofía, en subasta pública, a sus hijos, en cambio de unas cuantas libras de maiz ó de pan." El hombre que escuchara las palabras del príncipe, terminaría por preguntarle si V. E. anda vestido a la europea ó con pieles i plumas; i francamente no sabemos si el príncipe se atrevería a contestarle la verdad, esto es, que V. E. gastó levita, guantes i chistera pero sin ser un hombre civilizado, desde que nada hace por mejorar la condición de su pueblo.

No quiero cerrar esta carta sin reconocer la saludable energía con que V. E. trata de meter en vereda al municipio de Lima. Nada importa que V. E. tenga cuestiones atrasadas con el Alcalde; lo que yo veo, a pesar de estas miserias, es un propósito moralizador, digno de aplauso. Hace años de años que el señor Blugera se conceptúa dueño absoluto del Concejo i procede sin más lei que su capricho, sin otro ideal que la ejecución de obras valiosas, de esas que dejan..... nombre imperecedero. Era necesario llamarle al orden, sacudirle los cimices de su grandeza, darle a comprender que a falta de gobierno que se haga respetar, hai un gobierno que por enemistad lo que sea, pero satisficiedo un anhelo de la población, le pide cuenta de sus actos.

Si V. E. extendiera su acción a las beneficencias, i en particular a la del Callao, créame V. E., terminaría por considerarle animado de propósitos regeneradores. La justicia bien entendida es como el Sol: debe fecundar todos los campos.

De V. E. atento servidor.

El gacettillero de Germinal.

¡A la obra!

Hacemos nuestro el siguiente editorial de La Razón, de Trujillo:

Fuerza es contarnos i estrechar las filas; i unidos i compactos, prepararnos al asalto que ha de clavar la blanca bandera del radicalismo redentor, sobre las ruinas del fanatismo i de la corrupción que devora el organismo social de la colectividad peruana.

¿Qué hacemos diseminados por los ámbitos de la patria, escaramuzando siempre i siempre aplastados por el atropello de los de arriba i sin contar con el apoyo de los de abajo?

¿Qué ventajas saca el pueblo, la patria, el derecho ó la libertad de esa breña que nos abruma i en la que siempre somos las víctimas?

Podemos ser fuertes i somos débiles, porque en lugar de formar una falange, no formamos sino una lista.

Nos hemos cruzado de brazos i nos dejamos arrastrar por la influencia del éxito ó retrocedemos ante el pavor del combate último.

Estamos diseminados, carecemos de energía, nos falta cohesión. Somos las vírgenes de la política; i ocultamos en las pudibundeces del rubor, nuestra inercia sin disculpa ó nuestra cobardía vituperable.

¿Qué importa que algunos radicales abran campaña contra el vicio i viva s

en perpetua guerra contra las aberraciones sociales, si la mayor parte de nosotros espectamos impasibles ese sacrificio que sólo tiene los dolores del martirio, pero no la apoteosis del triunfo?

Apóstoles del derecho, ya no lo predicamos. Luchadores de la libertad, aceptamos los grilletes del éxito.

Obreros del progreso, no trabajamos en la obra de mañana. Partidarios de la luz, vivimos conformes entre la noche del fanatismo.

Defensores de los desvalidos, combatientes de la democracia, estamos amedrentados. Recitadores de un credo de redención, no lo practicamos. Estamos dando el derecho de que se nos ponga en la frente el INRI de la apostasía.

Nuestra inacción no tiene disculpa. Ante el tribunal de los principios somos los cómplices del crimen, de la tiranía, del oscurantismo.

Debemos, pues, luchar, pero luchar unidos, sin trégua, sin descanso. El pueblo necesita derechos.

La Patria: bienestar, La libertad: garantías, La moral: ambiente, La democracia: prerrogativas.

Debemos, pues, luchar por los derechos del pueblo, por la patria, por la democracia; i hundir en las tempestades del oprobio las tiranías del poder, las ignorancias del fanatismo explotador, el desbarajuste del licicidío, el escándalo del abuso, i toda la podre que nos hace vacilar como pueblo i nos desprestigia como nación.

No debemos tener descanso hasta triunfar. Sólo así tendremos derecho para hablar de Radicalismo.

Sólo así las corrientes populares nos ayudarán en la obra de derrumbamiento de lo viejo corrompido, i levantado con nosotros el edificio del "derecho humano, que hoy alzamos como bandera de combate.

Es hora ya de unirse i luchar: ¡A la obra!

En la breña habrán víctimas, lamentos i catástrofes; pero nada importan, si de cada fractura surge una verdad i de cada dislocamiento se alza un derecho. Sobre las ruinas de los que caen, deben pasar los que quedan a la escala del progreso, hasta entonar, sobre la meta el hosanna redentor de la nueva era.

La unión Hispano-americana

Discurso pronunciado en el Ateneo de Madrid, el 28 de marzo de 1905.

(Continuación)

¿qué otra raza, qué otro pueblo, sobre el planeta, ni en la historia actual, presenta ejemplo semejante, de resurrección fecunda i gloriosa, de procreación i esparcimiento feliz de su simiente i de su vida?

La raza vive, la raza crece, la raza triunfa; ¿qué nos falta?... Unión.

Nuestra época, es una época organizada contra la Justicia: una conspiración contra la Equidad; denegación de Justicia en la vida social; violación de toda Justicia en la vida internacional: tales son las caracte-

risticas de este tiempo oprobioso, en que nos ha tocado vivir:

el huracán de la fuerza bruta asuela el mundo, i los espíritus, aún los menos clarividentes, ven, diseñarse, con precisión, en las estriztas del horizonte, los lineamientos acentuados de la lucha tenaz i definitiva de las razas; no se puede, sin imprudencia i sin peligro, cruzarse de brazos i permanecer indiferente, al paso de este problema, que lleva involucrado en sí, el derecho de vida ó muerte, para todos los pueblos de una raza;

este movimiento de avaricia i de pillaje que presenciamos, es un movimiento de regresión a edades primitivas, con toda la fuerza específica de la barbarie;

es un grito de eliminación contra las razas inertes ó desprevidas; un gesto de muerte, hecho contra ellas, no en nombre de la Envidia, como en la leyenda de Cain, sino en nombre de la codicia, como en la leyenda de Achab;

es, la Fuerza, que tiende a extender su línea de demarcación arbitraria i anárquica sobre el predio de los pueblos débiles, i los arroja fuera del planeta i de la vida;

la fuerza se sustituye al Derecho, por todas partes;

el régimen numérico brutal, priva por sobre toda lei de ética social, la audacia triunfa, incontestada; allí donde la Justicia está desarmada;

sólo oponiendo la Fuerza a la Fuerza, se puede restablecer el equilibrio perturbado del mundo;

prepararse, es la única manera de salvarse;

presumir, es ya combatir; combatir, es adquirir el derecho de vivir;

los pueblos que renuncian a prevenir, son pueblos prontos a desaparecer; razas rebeldes a combatir, son razas prontas a morir;

no basta tener fuerza de la Justicia; es necesario tener la Justicia de la fuerza;

la Fuerza domina al mundo; cortarla es envilecerlo; conquistarla es salvador; no ser sus esclavos, sino sus amos; he ahí el deber;

la Fuerza no es de quien la espere, sino de quien la adquiere; estar prontos contra la agresión, es la única vía de salvación;

organizarse para la resistencia, tal es el consejo-sabio de la prudencia; ¡ALZARSE PARA SALVARSE;

tal es el deber de los pueblos ibero-americanos, en la hora actual; tal es el deber de la Raza; no somos débiles numéricamente, solo somos débiles políticamente; ¿por qué?

porque carecemos de toda organización; porque somos una raza inerte, frente a una raza fuerte;

(Continuación)

EL FRAILE I LA HIGIENE

Si á los hombres se les cimiera como trigo molido, ningún fraile pasaría por un cedazo fino, que un fraile es un hombre civilizado como el afrecho es á la harina flor.

Victor Hugo afirmaba: "La transición de un gañán en un carmelita nada tiene de chocante; sin dificultad se convierte el uno en el otro; el fondo común, ignorancia de la aldea i del claustro, es una preparación enteramente dispuesta i que

La Irreligion del Porvenir

ESTUDIO SOCIOLOGICO
—DE—
M. GUYAU

(Continuación)

el método de M. Arnold, que consiste en atribuir las ideas más refinadas de nuestra época a los pueblos primitivos; por él se deja entender, por ejemplo, que el Jehová de los hebreos no era una persona enteramente definida; una potencia trascendente distinta del mundo, que se manifestaba á él por actos de una voluntad caprichosa; un rei de los cielos, un señor de los ejércitos que daba á su pueblo la victoria ó la derrota, el hambre ó la abundancia, la salud ó la enfermedad. Basta leer una página de la Biblia ó de los Evangelios para convencerse de que jamás dudarón los hebreos de la personalidad de Jehová. —Sen, dirá M. Arnold, pero Jehová no era ante

sus ojos más que la personificación de la justicia en que ellos creían profundamente. —Sería más exacto decir que ellos no tenían todavía una idea muy filosófica de la justicia, que se la representaban como una orden recibida de afuera, como un manda ó al que era peligroso desobedecer, como una voluntad que se imponía á nosotros por la fuerza; después de esto nada más natural que personificar esta voluntad. ¿Pero esto es lo mismo que lo que nosotros entendemos por justicia en nuestros días? No parece que M. Arnold juega con las palabras cuando nos lo quiere hacer creer así? El temor de Dios no es la justicia. Hai cosas que no se las puede expresar bajo la forma de leyendas cuando se las ha concebido una vez, i cuya verdadera poesía consiste en su misma pureza, en su simplicidad. Personificar la justicia, colocarla fuera de nosotros bajo la forma de una potencia amenazadora, no es tener como estar "abrasado, iluminado," como dice M. Arnold. Es, por lo contrario, no concebir aún la justicia verdadera. Lo que se toma por la expresión más sublime de un sentimiento moral completamente moderno, es por el contrario su

negación parcial: M. Arnold quiere hacer, según dice, una crítica "literaria," pero el método literario consiste en colocar las grandes obras del genio humano en el medio en que se han concebido i encontrar así el espíritu de su época, no de nuestra época. Si nosotros queremos interpretar la historia con nuestras ideas actuales, nada comprenderemos de ella. M. Arnold se burla de los que quieren ver en la Biblia alusiones á los sucesos contemporáneos, á tal ó cual nombre de nuestra época, á tal ó cual dogma desconocido en los tiempos primitivos. Un Exegeta, dice, encuentra anunciada la huida á Egipto en esta profecía de Isaías: "El Eterno vendrá á Egipto sobre una nube ligera." la nube ligera es el cuerpo de Jesús, nacido de una virgen. Otro más fantaseador fundándose en estas palabras: —Desgraciados de aquellos que tiran de la inmundicia con las cuerdas de la mentira— ve una maldición de Dios sobre las campanas de iglesia. Es cierto que este es un medio extraño de interpretar los textos, pero en el fondo, no es más lógico buscar en los libros santos nuestras ideas actuales, buenas ó malas, que buscar en ellas el anuncio de tal acontecimiento le-

gano ó el comentario de tal rasgo de las costumbres contemporáneas. Para practicar el método verdaderamente literario i cienfífico al mismo tiempo—hace falta olvidarse un poco de que uno pertenece. Hai que vivir la vida de los tiempos pasados; hacerse griego, leyendo á Homero; hacerse romano, leyendo la Biblia; no querer que Racine sea un Shakespeare, ni Bocaccio un San Benito, ni Jesús un librepensador, ni Isaías un Epicteto ó un Kant. Cada cosa i cada idea están bien en su tiempo i en su medio. Los catedrales góticos son magníficos; nuestras pequeñas habitaciones de hoy día, son muy confortables; nada nos impide admirar las unas i habitar las otras, pero lo que no tiene escusa es querer que las catedrales no sean catedrales.

Si dejando el examen de la doctrina de M. Arnold, desde el punto de vista histórico, nos fijamos en el punto de vista puramente filosófico, nos parecerá mucho más seductora, puesto que consiste en hacernos encontrar nuestras ideas en los libros antiguos, como si fueran reflejadas en un espejo. Nada mejor; pero después de todo, ¿necesitamos este espejo? ¿Necesitamos descubrir en la anti-

coloca en seguida al campesino á igual altura que el fraile." [1]

[Entre paréntesis advertiremos que si á menudo se repite el error de transformar en reverendos padres, nunca el reverendo padre vuelve á su primitiva condición de ganán de de arriero, porque unirse bueyes i aparejar mulas requieren fatiga i sudor, mientras que misa i confesar no exigen más que preza i bellaquería.]

Montesquieu se admiraba de que un hombre pudiera ser persa; si alguien nos preguntara cómo se puede ser fraile, nosotros le responderíamos: cuando la Naturaleza se equivoca i encierra el alma de un cerdo en el organismo de un hombre, el hombre corrige el error natural i se introduce en la pocilga, queríamos decir en el convento.

Si esto pensamos de la frailería en general ¿qué juicio formarnos del fraile español? Basta recordar que es: por la limpieza, un carbonero sudado; por la ciencia, un destripa terrones; por la urbenidad, un mozo de recua. Sin verle ni oírle, se le saca por el olor. Su rechazo debe ordenarse como precepto de higiene. Pocas felicitaciones merece la madre España por la calidad del artículo que nos importa.

Para corroborar la triste idea que de los frailes españoles se forman no solamente los incrédulos sino también muchas almas piadosas, citaremos las palabras de un clérigo nacional i las de un redentorista francés. El clérigo nacional: *En ese convento, ya maliciosos á cuál se refería, pasan tales abominaciones que ningún padre tiene derecho de absolver á otro.* El redentorista francés: *Si yo fuera seglar i casado, no permitiría que mi mujer se confesara con fraile peruano ni español.*

¡Jestos nos los varones ejemplares! ¡Estos los consejeros i directores espirituales de las familias! ¡Estos los que tienen varalta en Palacio i reciben subvenciones del Congreso! ¡Estos los que durante muchos años impusieron la ley, sin que nadie se atreviese á discutirles la ciencia ni la santidad! Ellos creaban á sus anchas i pelechaban que era un primor, comiendo platos que no guisaban, viviendo en habitaciones que no pagaban, recibiendo cariños de mujeres que no mantenían; en una palabra, teniendo de balde todo lo bueno i todo lo malo. Lo que á los demás hombres les cuesta un ojo de la cara i á veces las dos ternillas de la nariz, á los frailes españoles no les costaba niel Dios te lo pague, porque, juzgándose con derecho á todo, se creían eximidos de la gratitud. Ni celos infundían, pues los sufridos ó cabrones de todas las clases sociales habían llegado á repetirse: cuerno bendito no da dolor al cañón, pero no mancha la honra.

Felizmente, desde el desuso de la mantala i la moda de andar en talle, la frailería española va restringiéndose en Lima su dominación divina i humana: prueba de que á la higiene en el cuerpo responde la higiene en el alma. Sin duda se gana en limpieza interior al dejar desueltos por jesuitas ó redentoristas franceses, como se ganaría al cambiar el sacerdote católico por el clérigo protestante. Refiriéndonos á la capital, el dominio del frailecuello español tiende á confinarse en la gente de medio pelo, en las mozas reñidas con el agua i el jabón, en las viejas retiradas del servicio activo, en las beatas vulgarmente conocidas con el nombre de zapatonas: prueba también de que á la mugre en el cuerpo responde la mugre en el alma.

Los incendios de Ocopa (atribuidos á los propios frailes) quitaron la venda de muchos ojos, dejando ver á los crimi-

nales é hipócritas en todo el horror de su crimen i de su hipocresía. Algunos pensaron en el doctor Le Plongeon i en las célebres tendidas con el objeto de suprimirle por sus acometidas al padre Gual, á ese venerable sacerdote, tan célebre por la estrechez de su cerebro como por la amplitud de su vientre.

Medio derrotado en Lima, el fraile español sigue dominando en pueblos i villorrios de la sierra, sobre todo en Ocoña, donde infatigablemente prosaga la religión i la especie. Ahí traena contra liberales i masones, en su gerigonza de castellano, catalán i vascuence; ahí arranca zollosps i lagrimones con su elocuencia de tizonazos i puñetazos; ahí surge en las llamas del infierno á todos los que niegan una limosna para el tomento de los Santos Lugares; ahí predica las excelencias del ayuno, i entre dos crucos de ajos con pimientos, encarece la infinita bondad de la providencia.

¡Ojalá esta desmonetización del monago español fuera el principio de la débacle frañal! La Humanidad habría dado un avance gigantescodel día en que niños i mujeres no supieran á lo que de cerca hierde un fraile.

[De Los Perias]

L. M.

El derecho de los animales

No en Dahomey ni en Caferria, sino en una importante población andaluza, se celebró en cierta ocasión una fiesta divertidísima. Celebráronse dos becerretos bravos i alegres. El primero fué adorado en todos los sitios de la piel con 623 pares de banderillas, i cuando llegó á la muerte, pararon un acerico ó palillero. El segundo fué también bnderillado con exceso i machado por varios aficionados. Había muchos matadores, i cuando uno se cansaba, otro recogía espada i muleta, daba un par de pinchazos i entregaba los trastos á un tercero; éste á un cuarto, i así sucesivamente. Luego se comió bien, i se vaciaron cien botellas. No hubo que lamentar otro disgusto sino el de las reses.

Hai quien se indigna ante atrocidad semejante, i atribuye á la educación ultralevítica de la juventud actual esas verdaderas bacanales de sangre i vino. No disto mucho de creer que tal educación produzca tal resultado. Allá, cuando víctima del timo oficial, incurrié en la inocentada de hacer oposición á algunas cátedras de derecho natural, recuerdo haber osado sustentar, entre otras teorías non sanctas, la del derecho de los animales. No creía yo con ello ofender á los ultramontanos, sino antes al contrario. Así mi sorpresa fué extrema cuando ví que los neos combatían arduosamente el tal derecho, dando con ello prueba de un ejemplar desinterés.

Tener el animal derechos! ¿Qué absurdo! ¿Qué extravagancia! I los sacrasmos caían como granizo sobre mí cabeza pecadora. ¡Cada línea, fué un delicado ironías! Un caballo pondría pleito á su amo por excese de pienso. El perro que recibiera un palo formularía querrela, con asistencia de abogado i procuradores. Oyéndonos, veníamos á la memoria aquel famoso derecho á la pena del viejo krausismo, que tanto regosijó á los necios. ¡Un derecho á la pena! ¡Miren qué invención! Habrá, pues, que esperar á que el asesino venga á reclamar el garrote del verdugo, i á que el ladrón demande de los tribunales el presidio. Ni aún el sentido común, manifestado en la expresión usual que dice ser el delincuente acce-

dor al castigo, bastaba á abrirles los ojos. Reían, reían estrepitosamente, sin sospechar que lo que ponía la risa en sus labios no era la ajena ridiquez, sino la propia necesidad.

A decir verdad, el derecho romano, apellidado por muchos reaccionarios la razón escrita, no sólo tenía á los animales por seres de derecho, sino hasta por jurisperitos. Derecho natural es, según Justiniano, *quod natura omnia animalia docuit*. ¿Quién sabe si no sería fundado en este texto como se presentaban muchos á hacer oposiciones á cátedras de aquel derecho sin otra preparación que la madre natura? Mas eñfente de estas autoridades, esgrimian los neos un argumento Aquiles. La teoría del derecho de los animales era, pásmense ustedes, una doctrina protestante! Así, como suena. Ellos querían acaso decir que era una doctrina que se profesaba en los países civilizados. Casi viene á ser lo mismo. Si no fuera por no inferir agravio á Francia, que no lo merece, diríamos que civilizado i protestante son sinónimos. I otra vez volvían las cuchufletas. Una lady aburrida había pensionado á sus gatos. Una miss neurótica había elevado á su perro faldero sobetibo mausoleo. Ur lord excéntrico había dejado por herederos á sus caballos de carrera. Entretanto por las calles de la Babilonia británica pululaban los niños desamparados, las muchachas prostibuladas por la miseria i los obreros muertos de hambre.

Faltaba probar que allí donde es uso general el mal trato de los animales, los obreros sacian su apetito, las jóvenes se ven defendidas contra las tentaciones del vicio i los niños no mueren en la infancia. Durante mucho tiempo ha venido reluciendo por las columnas de la prensa una estadística relativa á los crímenes de sangre que se cometen en varios países. No recuerdo las cifras con exactitud, pero de ellas viene á resultar que en España se perpetrán anualmente obra asquerosa de diez veces mayor número de homicidios que en Inglaterra. ¿Eh qué tal? Parece que la bestia británica, de que nos habla Taine, aquella bestiaza protestante de grandes patas, vivida de carnea cruda se queda tamañita ante la bestezuela menuda i sanguiñaria del catolicismo mediano. En punto á asesinatos comparamos los españoles en el mundo un lugar distinguido. Sólo los italianos nos baten el record, siendo de notar que, la catolicísima Italia es también el país donde los animales recibe el más duro tratamiento.

No es que esa estadística, nos revele ningún arcano. No hace otra cosa sino confirmar lo que dice á voces el sentido común. Podrá darse la anomalía de que un misántropo tedioso i aburrido ó una solterona enemiga de la especie á cuya propagación no le ha sido dado contribuir, concentren en las bestias el amor que niegan á los hombres. En tesis general, ni la compasión ni la brutalidad distinguen de especies. La democracia del dolor es más amplia que la de Sugasta. Todos los seres sensibles son iguales ante el sufrimiento. Quien es duro para el animal, no será blando para el hombre. El matadero es buena escuela de homicidio. Sangre torera no equivale á unca á buena sangre.

Yo sí partidario acérrimo del derecho de los animales. Maltratarnos me parece barbarie; gozarse en sus sufrimientos i tomarlos como asunto de diversión, verdadero delito. Nuestro derecho respecto de ellos tiene por límite la necesidad. Imponerles un sufrimiento innecesario es infringir á la vez la norma de la piedad i de la justicia. Harto dura es ya la ley de la naturaleza que nos obliga á matarlos para vivir i á cu-

brir nuestra mesa de cadáveres, según la expresión del fabulista. Sin llegar á las extravagancias del vegetarianismo, lícito es suspirar por la realización de aquel ensueño científico del gran Berthelot cuando nos anunciaba el advenimiento de la alimentación química. Reconocer á los animales el goce de los derechos legítimos, imprescriptibles, inalienables, etc., sería talvez llevar la teoría demasiado lejos. Talvez el tigre de Bengala ó el león del desierto no tengan derecho á la vida. Pero el buei, el caballo, el asno, el perro i el camello han hecho más por la civilización que muchos grupos humanos étnicos. Aunque sólo fuera por gratitud, el hombre civilizado deberlela ternura i respeto.

La crueldad es un instinto innato de la fera humana. Este, como otro de sus defectos nativos, le viene acaso de herencia. A un insigne naturalista, que es también pensador profundo, yo expresé cierto día una opinión que me dió mucho que pensar. Es una gran desgracia—decía—que el hombre proceda del moro. Si el sér de razón se hubiese originado en el perro, ¡qué humanidad tan llena de valor, de abnegación, de ternura, de fidelidad hubiera podido engendrarse! Naciendo del más antipático de los animales, ¿qué otra cosa pudo salir sino lo que ha salido? Mucho habría ganado ciertamente el hombre con ser un *super-can* en vez de ser un *super-mico*. Felizmente la civilización nos va desmembrando i empujando más cada día. A ello se opone, naturalmente, la educación clerical, enemiga nata de toda especie de cultura. El misticismo, con sus extravagantes paradojas sobre la muerte i el dolor, produce en las almas la indiferencia respecto de la muerte i el dolor ajenos. De donde el fenómeno casi constante de que los más devotos suelen ser también los más duros.

Si proclamamos altamente el derecho de los animales, aunque el mundo no nos oye en provecho de nuestros enemigos. Porque si este derecho se rebusa, no es de temer que, siguiendo la cosca por el camino que llevan, la esfera jurídica llegue á quedar aquí reducida á la más mínima expresión?

ALFREDO CALDERÓN

GERMINAL

ORGANO DEL PARTIDO RADICAL (UNION NACIONAL)

Economía del periódico

Se publica todos los sábados. Suscripción mensual.....40 cts. Número suelto.....10 "

La administración funciona diariamente en la calle de Belén número 1.022, de 8 á 11 a. m. i de 1 á 5 p. m. Los canges de Lima i el Callao deben enviarse al local de la Administración. Los de provincias, á la casilla del Correo núm. 277.

Toda correspondencia se dirigirá á la Administración de Germinial, castilla No. 277.

Las personas que deseen suscribirse á GERMINAL, lo avisarán al Administrador.

GERMINAL no admite avisos ni comunicados.

Imp. EL PROGRESO-Callao.

[1] "Los Miserables," traducción de J. S. Flores.

güedad nuestras concepciones modernas más ó menos alteradas por el mito? ¿Necesitamos volver á pasar voluntariamente por el estado de espíritu por que han pasado los pueblos primitivos? ¿Necesitamos compenetrarnos de la idea á veces estrecha que se formaban de la justicia i de la moral, con el fin de concebir una justicia más amplia i una moral más digna de este nombre? ¿No sería esto lo mismo que si para enseñar física á los niños se comenzase por enseñarles con toda seriedad los antiguos prejuicios sobre el horror al vacío, la inmovilidad de la tierra, etc.? Los autores del Talmud decían con fe candorosa que Jehovah, lleno de veneración por libro que él mismo había dictado, consagraba las tres primeras horas de cada día á estudiar lei sagrada. Los judíos más ortodoxos no restringen hoy día á sus dios á esta meditación regular. ¿No podrían, sin perjuicio alguno, consentir al hombre que se hiciera la misma economía del tiempo? M. Arnold, espíritu independiente, pero no muy recto i poco lógico, critica en alguna parte á los que necesitan fundar su fe en fábulas, intervenciones sobrenaturales i leyendas maravillosas: "muchos hombres religiosos, dice, se pa-

recen á los que han instruido su espíritu con novelas, ó á los fumadores de opio." No se percibe de que si la realidad es como él dice, lo más grande i lo más bello para nada necesitamos la leyenda, ni aún interpretada á su manera. El mundo real, i yo entiendo por éste el mundo moral lo mismo que el mundo físico, debe satisfacer por completo á nuestro pensamiento. "Ithurial, dice M. Arnold, ha herido con su lanza al milagro." ¿Acaso no ha herido al símbolo con el mismo golpe? A nosotros nos agrada mucho más ver la verdad completamente pura que vestida con trajes multicolores; vestirla es degradarla. M. Arnold compara la fe absoluta con la embriaguez. Nosotros le comparamos espontáneamente á él con Sócrates, que podía beber más que ningún convidado sin embriagarse. No embriagarse era para los griegos una de las prerrogativas del sabio; bajo esta condición le permitían beber. Los sabios de nuestros días tienden poco á usar de este permiso. Admiten á Sócrates sin imitarle, reconociéndole que la sobriedad es un medio más seguro todavía para conservar la razón. Otro tanto diremos á M. Arnold. La Biblia con sus escenas de mártires,

violaciones i represalias divinas es para él el alimento del espíritu, "el espíritu no puede pasarse si nella, lo mismo que no podemos pasar sin comer," nosotros le responderemos que si esto fuera cierto sería un alimento bien dañino, i que á veces vale más ayunar un poco que envenenarse.

En último término, si lo que se persigue es buscar en los libros sgrados de las edades antiguas la expresión de la moralidad primitiva, no es en la Biblia, sino en los libros lindus, en los que una interpretación "literaria" ó filosófica encontraría la fórmula más extraordinaria del simbolismo moral. El mundo entero aparece ante los buibistas como la realización de la lei moral, puesto que, según ellos, los seres se clasifican ellos mismos en el universo por sus virtudes i suben ó bajan en la escala de la vida, según que se elevan ó se bajan moralmente. El budismo es, por ciertos conceptos, la moralidad erigida en explicación del mundo. A pesar de las inconsecuencias parciales que hemos señalado en el simbolismo moral, se desprende lógicamente una conclusión de los libros que acabamos de examinar, sobre todo del libro de M. Ar-

nold, i es que el fondo más sólido de toda religión es una moral más ó menos imperfecta; que la moral es la fuerza del cristianismo como del budismo, i que si se la suprime, nada queda de las dos grandes religiones "universalistas" creadas por la inteligencia. La religión sirve, por decirlo así, de envoltura á la moral, ella protege su desenvolvimiento i su expansión final; pero una vez que las creencias morales han adquirido una fuerza suficiente, tienden á salir de su envoltura lo mismo que la flor rompe el botón. Se ha discutido mucho, hace algunos años, sobre lo que se llamaba entonces la "moral independiente;" los defensores de la religión sostenían que la moral está íntimamente ligada á ella i que no se la podía separar sin corromperla. Es posible que tuviesen razón en relacionar ambas cosas, pero se equivocaban al sostener que la moral es la que depende de la religión; es preciso invertir los términos i decir que la religión depende de la moral i que ésta es el principio i aquella la consecuencia. El Eclesiastes ha dicho que "el hombre lleva el mundo en su espíritu," por esta razón el hombre debe mirar antes que nada en su espíritu; debe creer primero en sí mis-